

## § 85

### **La sabiduría de Dios**

1. A pesar de su riqueza inconmensurable, la ciencia divina tiene un orden perfecto. Dios conoce todas las cosas según su rango

ontológico y axiológico, con todos sus órdenes de superioridad e inferioridad, con todas sus diversas relaciones. Dios conoce la plenitud infinita de su propia perfección; las cosas extradivinas las ve y valora según la semejanza desemejante con que representan la perfección divina. De este modo, la omnisciencia divina se convierte en sabiduría. Porque sabiduría es la capacidad de ver y valorar la realidad teniendo en cuenta las perfecciones de las cosas jerárquicamente graduadas. La sabiduría de Dios no es una valoración obtenida mediante el conocimiento y la experiencia; es ella la que constituye el fundamento de la jerarquía de las cosas; es, por lo tanto, creadora, es decir, práctica; es el conocimiento con que Dios ve la diversa imitabilidad de su propia perfección, un conocimiento orientado hacia la actividad. La sabiduría de Dios es, por eso, medida y ley esencial de las cosas. (Véase la doctrina sobre la Creación.)

2. Los libros sapienciales dicen de la sabiduría divina que es ordenadora, legisladora, educadora y rectora. *Sap.* 11, 21; 8, 1-4; *Prov.* 3, 19; 8, 22 y sigs.; véase *Ps.* 103, 24; *Rom.* 11, 33.

3. La sabiduría de Dios es distinta de la de los hombres. Al que vive entregado a los caprichos de su yo y a las exigencias del mundo, le parece mera locura. La sabiduría de Dios se manifiesta en la Cruz de Cristo de un modo al mismo tiempo claro e incomprendible. La sabiduría de Dios no ha sido conocida por el mundo, no la han conocido ni los griegos, que buscan sabiduría, ni los judíos, que piden signos (*Rom.* 1, 21 y sigs.). Por haber despreciado la sabiduría de Dios, ha sido juzgada en la Cruz la sabiduría de este mundo. La sabiduría de Dios, en cambio, la cual es locura para el mundo, trae a los creyentes—así lo quiso Dios—redención y salvación (*I Cor.* 1, 2; 3, 19 y sigs.; *II Cor.* 1, 12).